

ese es mi voluntad que sea para mi hijo, para mi precioso Changuito. Mañana, ahora mismo, vámonos para Morelia, señor, vámonos y que nuestro ángel no vuelva á llorar. Simón miraba lleno de envidia el gusto de su compañero, y preguntó con tristeza: — ¿Qué no dicen ahí que es manco, niñita? porque entonces mejor yo iré. — No, no dice eso, replicó el Chango, á mí solo me han retratado, y yo he sido dende quea- que el coronel Astucia, cuando los amos me dijeron que era yo tompeate en el rancho de San Victoriano, y el gobierno me conoce muy bien. — Es verdad que fuiste tompeate, pero tú haces aquí más falta, sabes tocar la trompeta, el niño te extrañará, sabes cocinear, en fin, señor amo, lléveme su merced á mí que no tengo á quien hacerle falta, y también quiero que esos miles de pesos y la huerfita que ya conoce sean para el chinporrondingito de mi hijo. — No hay más remedio sino que su comadre decida, á mí me toca ese decreto por ser el coronel Astucia, al Chango por la filiación, y á Simón porque quiere reemplazarnos, que ella disponga á ver quién va á presentar su cabeza. — Ninguno, respondió Amparo, al coronel no le toca porque no es como la filiación, aunque el Chango tiene las señas no es Astucia, y de Simón no hay quien se acuerde. — ¿Luego podemos estar seguros de una traición? — Claro está. — Pues entonces que cesen esos cuidados, lágrimas y padecimientos, y se rió á carcajadas de sus apuros.

CAPÍTULO XII

La visita del señor gobernador. — El coronel Astucia. — Sustos tras de sustos. — Término de la visita. — Feliz descubrimiento.

En este estado estaban las cosas y Amparo muy restablecida de sus males, cuando tuvo el coronel Astucia noticia del nuevo gobernador que se dirigía al valle á practicar una visita, reunió á sus *Todos* y como siempre, paró en que después de mil disputas todos dejaron á que el coronel dispusiera lo que le pareciera, se informó de que venía con trescientos hombres, y al llegar á Tajimaroa, le remitió una comunicación en estos términos: — « Seguridad Pública del Valle. Servicio Nacional. « Exmo. Sr. Ha llegado á mi noticia de que á la cabeza de una « fuerza armada viene S. E. á practicar una visita en este Valle, « con muchísimo gusto será recibido si sin carácter hostil se « nos presenta. Sólo las tropas del gobierno han sido las que « aquí han cometido mil excesos y depredaciones, y por lo « mismo como jefe de la Seguridad y único responsable de la « tranquilidad pública, suplico á S. E. se digne presentarse « solo para no provocar un lance que tal vez ocasione fatales « consecuencias. Protesto á S. E. las consideraciones de mi « adhesión y respeto. — Dios, Libertad, y Federación, etc. — « Astucia. Exm. Sr. gobernador, etc. »

— ¿Qué dice vd. de esto, señor secretario? parece que al tal coronel no le gusta mucho nuestra visita, dijo el gobernador. — Eso ya me lo esperaba yo, como se ha entronizado por esos rumbos canta gordo desde su muladarcito. — Sin embargo, yo creo que no carece de razón, si sólo las tropas del gobierno han venido por aquí á trastornar el orden, claro está que esta gente está escarmentada y muy predisposta. — Esos son pretextos

para azorarnos y que no lleguemos, la autoridad debe hacerse respetar sostenida por la fuerza de las armas. — No es esa mi doctrina, señor secretario, la autoridad debe apoyarse por la ley y ésta por la razón y la justicia, empleando sus armas para que sostengan al poder, pero no para que le busquen odio con los pueblos que gobierna. — Sin embargo, seguiremos otra jornada, que en caso de que sea conveniente, fácil es mandar retirar á la fuerza. — Sí, no vaya á ser esto una estratagema de ese viejo zorro del coronel, para que al encontrarnos sin defensa nos eche el guante. — Pues avise vd. que monten, vamos á aprovechar este nublado y llegar á Tuxpam. — ¿Qué sucede? preguntó el coronel á un indio que apareció por los sembrados de Santa Ana. — Que ya viene el Señor gobernador más acá del puente de Irimbo por el encinal de dos cerritos. — ¿Y viene solo? — No, señor, con sus tropas. — Pues toquen la campana grande y que se reuna la gente.

En un instante estaban juntos en la plaza todos los vecinos, les impuso silencio y mandó con energía: — Todo el mundo se va al cerro á ocultar á los mogotes ó se encierran en sus casas, y no bajan ni abren á nadie, hasta que oigan tocar la esquila chica; el que no cumpla mis órdenes lo cuelgo de un fresno de estos sea quien fuere, trote y no pierdan tiempo. Luego luego comenzaron á cerrarse tiendas y casas, y mucha gente corría para el cerro suponiéndose mil funestidades, en menos de un cuarto de hora quedó todo aquello escueto y triste. Se fué seguido de Simón por todo el camino real á encontrar á los visitantes, se ocultó á pie en un sitio á propósito para ver sin ser visto, fué poniendo cuidado á todos los que pasaban y dijo: — Todas son caras extrañas, no hay cuidado. Volvió á montar á caballo y al trote los alcanzó y fué pasándolos tocándose el sombrero al adelantar al gobernador, á su secretario y al jefe de la fuerza que iban adelante. — Sería bueno, dijo este último, que mandáramos un explorador á dar un vistazo, no sea que se descuide la descubierta y vayamos á meternos á la lumbre. — ¿Pero á quién mandamos? contestó el gobernador, ninguno de los que nos acompañan sabe estos terrenos y... — A ese que acaba de pasar, dijo el secretario, parece un buen pazuato según su presencia. — Dice vd. bien, y tocó el gobernador las

manos, volteó la cara Lorenzo y preguntó: — ¿A mí? — Sí, á vd., amigote, dispéñeme que le interrumpa su camino. — Vd. mande, caballero. — ¿Para adónde va vd.? — A alcanzar mis mulas que van adelante y á cargar aguardiente á Púcuaro. — Yo quisiera que si no le sirve de molestia me hiciera un favor, amigo mío. — Mande lo que guste, caballero, me ha soltado una prenda que yo respeto mucho, esa palabra amigo me compra, y le estimo su bondad. — Pues bien la repetiré: amigo mío, hágame favor de ir en un galopito á Tuxpam á ver cómo está aquello, no sea que nos den un susto; yo soy el gobernador de Estado, y vengo... — Perdone S. E. si lo he tratado con llaneza, y reconózcame como á su súbdito y criado, dispéñeme si pensé tener un amigo más entre mis amigos y... — Y se lo sostengo, amigo mío. — Voy volando, señor, y mientras vuelvo arrímese S. E. en aquel recodo y sómbrense tantito, no dilato. Mira, Simón, véte derecho y le dices al cargador que jaten en el buen suceso y allá me aguarden. El mandado cogió camino recto, y él metiéndose por los huizachales partió como rayo delante de todos diciendo: — No dilato, señor gobernador, y cuando estaba lejos repitió: No dilato en entorpecerlo.

A poco rato apareció con el caballo muy sudado y les dijo: — Puede pasar S. E. sin recelo, ni una alma aparece por el pueblo, no hay ningún riesgo. Platicando con ellos entraron á Tuxpam, y efectivamente no había ni perros que ladraran, se metió el gobernador debajo del portal de la tienda de doña Tula muy fatigado del sol, y la tropa en la plaza renegaba del calor. — Qué malo está esto, amigo... — Lorenzo Cabello, su criado y servidor. — Amigo Lorenzo, esto es un verdadero desaire. — Sí, señor, desaire. — Lo de menos era mandar descerrajar esas puertas, ¡caramba! pero se diría que el gobernador empieza á cometer excesos y la verdad no sé qué hacer, este es un lance muy comprometido. — Sí, señor, comprometido, y si S. E. quiere recibir un mal consejo. — ¿Cuál, amigo Lorenzo, cuál? — Que nos pasemos de largo hasta Santa Catarina, allí hay más recursos y local para su tropa, pues como hacienda hay semillas, macheros y galeras. — ¿Pero y si también me cierran las puertas? — Las rompe-

remos si tal cosa se atreven á hacer, porque creo que no se pedirá nada de balde, y si hay exceso será contra un particular no contra un pueblo. — Dice vd. bien, marchemos. Y continuaron de frente. Antes de llegar se adelantó y previno que ninguno dijera que él era el coronel Astucia, llegó el gobernador, se aposentó en la vivienda principal y la tropa en las trojes, y cuando ya quedaron todos acomodados se entró á despedir diciendo: — Ya dejo alojado á S. E. y con su permiso me retiro: en las mesas de Tepustepec tiene S. E. un pobre rancho y un inútil amigo y servidor. — Hombre D. Lorenzo, le contestó el gobernador saliéndose cogido de su brazo para el corredor, no me abandone, dice que estima la palabra amigo en todo su sentido, y yo quiero ver hasta qué grado aprecia mi amistad; estoy en tierra extraña, mal recibido por lo que vd. ha visto, y su compañía me haría falta, si por acompañarme se resienten sus intereses yo los indemnizaré, en fin, ¿para cuándo son los amigos, D. Lorenzo? — Para cuando se necesiten, señor gobernador. — Pues yo necesito de mi amigo Cabello. — Estoy á sus órdenes, pero déme licencia de ir en un galope á mandar que mis arrieros sigan de frente, darles unas libranzas que traigo para la fábrica, que vayan haciendo cargas, y pronto me tendrá S. E. á su lado. — Corrientes, ya lo espero con impaciencia.

Se retiró para el pueblo, mandó tocar la esquila y en un instante todo quedó en el estado de antes, regresando el coronel en una magnífica mula de sobre paso para infundir más confianza. — Qué carácter este de nuestros rancheros tan franco y qué gente tan servicial, decía el gobernador á su secretario al ver entrar al coronel; en un instante cuento con un hombre que mucho me ha de servir, sólo por haberle dicho amigo mío, ya se ve, no trastornan ni dan sentido contrario á las palabras, estos rancheros son de pan pan, y vino vino, no traicionan á su corazón, ni ocultan su modo de pensar, tengo algo más que simpatía por este hombre, lo considero ya como amigo, y amigo verdadero.

Después de que estuvieron platicando de cosas vagas, se los sacó á dar una vueltecita por el campo, y recayó la conversación sobre Astucia. — Es un pícaro, dijo el secretario, que

emancipándose, se ha entronizado aquí sin obedecer á nadie, por eso con justicia se ha declarado fuera de la ley proscribiendo su cabeza. — Esa es una de tantísimas aberraciones, replicó el gobernador, como ha cometido mi antecesor y ha hecho cometer al congreso con su genio fogoso y poco reflexivo, hasta ahora veo que para sofocar un incendio se le echen combustibles, quién sabe cuáles serán las consecuencias de tan descabelladas como locas disposiciones. — Es que el tal Astucia por sus hechos es un bandido, dijo el secretario. — Poco á poco, caballero, le contestó Lorenzo, repórtese en hablar, ese coronel Astucia tiene aquí ganadas todas las voluntades, esta gente es muy celosa y si oyen que hace de él malas ausencias, nada les supone darle á vd. un dagazo como por vía de diversión, reciba mi consejo y obre con prudencia.

En conversaciones extrañas entretuvieron el tiempo, y conociendo que no retiraría el gobernador sus tropas, quiso darle un susto para obligarlo á quedarse solo ó retirarse sin practicar su visita, dió sus órdenes y mandó á Simón prender su luminaria en el cerro de la Culebra. Al estarse desayunando al otro día entró el oficial que daba la guardia diciendo: — Esta comunicación para S. E. La abrió el gobernador y en voz alta leyó: — « Seguridad Pública de Quencio. Servicio Nacional. Exmo. « señor, sin embargo de haberle ayer suplicado que retire sus « tropas, y de hacerle presente la responsabilidad que sobre mí « pesa para conservar el orden público, ha tenido la audacia de « penetrar en el valle seguido de fuerza armada haciendo poco « caso de mis políticas prevenciones. Ya mis muchachos están « listos, y si S. E. no viene con carácter hostil, evite provocar « un lance del que no saldrá muy bien librado; quédese solo « con su secretario y criados, pues si teme que no sea respec- « tado su carácter y alta autoridad, le mandaré desde uno « hasta mil hombres para que escolten á su persona. Mal puede, « Exmo. señor, un amante padre, presentarse á su casa á « visitar á sus hijos, saludándolos con las puntas de las lanzas, « el filo de las espadas, y las bocas de las armas de fuego; « huirán despavoridos al monte á ocultarse entre las fieras, ó « le darán con las puertas en la cara, como lo han hecho los « pacíficos vecinos de Tuxpam. No insista más en su capricho,

« porque como encontró ese pueblo, hallará todo el valle, pues
 « prefiero que mis subordinados se oculten de su presencia,
 « antes que faltarle disparándole sus armas: cumpló con mi
 « deber al hablarle á S. E. en estos términos, y le recomiendo
 « las consideraciones de mi respeto. Dios, Libertad, y Federa-
 « ción, campo de Ocurio, etc. — Astucia. Exmo. señor gover-
 « nador, etc. »

— Tiene razón este hombre, soy un audaz, de bueno se ha pasado con no habernos puesto por ahí una emboscada por necios, pero ya estamos aquí y yo no hallo cómo enmendar mi torpeza, lo de menos es retirar á la tropa, pero eso á más de que nos expone entendería ese señor coronel que tengo miedo al obedecer desde luego su intimación, por otro lado no quiero provocar una contienda, ni menos sufrir un público desaire como el de ayer. — Pero también, advirtió el secretario, creo que no debe exponerse S. E. quedándose absolutamente á disposición del dicho coronel, los antecedentes que hasta ahora tenemos no nos dan ninguna garantía, tal vez esos amagos son á consecuencia de su incapacidad, tiempo ha tenido de estorbarnos el paso, y eso que dice de mandar desde uno hasta mil hombres para que nos custodien, no pasa de fanfarronada y fatuidad. — ¿Qué casta de hombre será este coronel? — Un sureño de esos macheteros que todo lo componen á tajos y puntazos según nos han dicho. — ¿Y vd., amigo D. Lorenzo, lo conoce? — Sí, señor, como á mis manos, es mi amigo y me dispensa su aprecio, todo eso que dice en su oficio es muy cierto, sólo las fuerzas del gobierno han venido aquí á trastornar el orden, la gente que tiene pasa de mil hombres muy diestros en el manejo de sus armas, y si no les ha dado por ahí su sustito será porque no ha querido. — ¿Pero sus antecedentes merecen alguna fe para dar crédito á sus palabras? — Yo por lo menos sí la tengo, pues basta que haya sido el jefe de los Hermanos de la Hoja para que todo el mundo lo haga formal. — ¿Quiénes son esos Hermanos de la Hoja? preguntó el secretario. — Fueron unos cuantos charros que comerciaban en la rama ú hoja de tabaco. — ¿Es decir, contrabandistas? — Sí, señor secretario, contrabandistas que al fin cayeron en la trampa y tuvieron un fin muy desastroso. — Como todos esos bribones que tarde ó

temprano satisfacen á la vindicta pública. ¿Y cómo escapó este sujeto? — Por un milagro, no sin conservar en su cuerpo las cicatrices de cerca de sesenta heridas que se curó en la cárcel de Tlaxcala, de donde fastidiado pegó el volido hasta venir á guarecerse á los bosques de este retirado valle. — ¿Conque para mayor recomendación es un prófugo de la cárcel pública? — Sí, señor. — Pues nada de eso consta en el expediente donde están antecedentes muy diversos. — Esos serán cuentos. — Pues vd. sabe lo que hace, señor gobernador, á las malas noticias que teníamos agregue lo de contrabandista y prófugo de la cárcel, el hombre huyendo de la justicia ha encontrado modo de defender su cabeza entronizándose aquí, y no ha sido tan descabellado el decreto de su proscripción. — Yo tengo formado otro juicio de esos charros que dice D. Lorenzo, un discípulo mío estuvo de suplente en Huamantla, y me contó no sé qué originalidades de ese Astucia que hasta ahora atando cabitos hago memoria de sus hechos; y si vd., amigo Lorenzo, me aconseja que le dé crédito á sus palabras, ¿de buena voluntad me entregará en sus manos? — No sólo se lo aconsejo, señor, sino que usando de la buena amistad que se ha dignado S. E. dispensarme se lo exijo en bien de su propia seguridad. — Pues lo acepto si vd. me escuda personalmente, seguiremos aún con esa tropa á ver si se nos presenta el coronel con la suya, entraremos en explicaciones y ya no será tan denigrante retirarla, porque ya ve vd., amigo, mi carácter, la autoridad, y el amor propio hasta cierto punto se resiste á acceder desde luego á las exigencias del coronel, avísele vd. al jefe que mande montar y vamos á ver qué sucede, señor secretario. En cuanto éste salió siguió diciendo: — Cuento con su socorro, amigo Cabello, confiado en su amistad me... — Cuento S. E. conmigo y le aseguro que no correrá ningún riesgo. — Ya está todo listo, entró avisando el secretario, y guiados por Lorenzo que iba por delante se internaron en los mogotes. Al estar al pie del cerro de Ocurio retrocedió Lorenzo alarmado diciendo: — Mire S. E. cómo está la cumbre coronada de gente, y como trescientos hombres aparecieron disponiendo sus armas que reverberaban con el sol. Todos muy azorados fijaron la atención. — Nos encubramos tantito en este cerrito pelón, prosi-

guió hablándoles, y en cuanto estuvo el gobernador arriba le dijo: — Ya nos cortaron la retirada, miren cómo brillan los fusiles entre los huizaches y parecen borregos como blanquean en la loma de los Chinapos. Y no les cupo duda de que como seiscientos hombres estaban en línea por toda la orilla del río y la loma por donde habían pasado. — Ya no nos queda más que una salida, exclamó Lorenzo, faldearemos el cerro por el rancho de los Burgoas, el que quiera salvarse que me siga. Enderezó su mula para la cuesta abajo y cogió la ladera vecina corriendo, todos lo siguieron y antes de llegar al plano sentó su mula gritando: — Estamos encorralados. — ¿Por qué? preguntó el jefe de la tropa. — Porque aquí está tendida en la falda toda la caballería, asómense con precaución. El gobernador fué el primero y vió como otros trescientos hombres montados, formados en batalla. — ¿Qué hacemos, amigo Lorenzo? — S. E. disponga, por aquí ni los huesitos nos truenan.

Los soldados de su motu propio todos desordenados empezaron á sacar sus mosquetones y á alistarlos, y lo mismo hicieron los del cerro, no faltó quien apuntara para arriba y entonces todos tendieron sus fusiles apuntando para ellos. Lorenzo indignado se acercó al gobernador diciéndole: — Señor, la amistad me autoriza, mande á esos hombres que retiren sus armas, están provocando á la Seguridad Pública, un tiro de cualquier necio indiscreto compromete la existencia de todos. — Que retiren sus armas, señor comandante, ¿quién les ha mandado prepararlas? Mandó el jefe retirarlas, al instante los del cerro descansaron las suyas y Lorenzo prosiguió: — ¿Qué sucede, señor gobernador? prescindir de su orgullo, no también quiera por una vanidad comprometernos á todos, mande retirar sus tropas y quédese solo, las fuerzas que nos circundan no son de ningún traidor, sino de la Seguridad Pública del valle. — A ver, señor comandante, contramarche vd., dijo el gobernador, y espere mis órdenes en... ¿en dónde, amigo Lorenzo? — En Maravatío hasta nueva orden. — Sí, y mire vd., señor comandante, agregó Lorenzo, corte camino por aquí enfrente, en cuanto llegue al río se va por toda la orilla hasta pasar al otro lado por el puente de Santa Catarina, no se le vaya á antojar entrar al pueblo porque de

seguro que le echan pelotazos los del cerro de los Chinapos. Mandó desfilar su tropa, y contramarchó por el derrotero que se le demarcó, quedándose sólo el gobernador, el secretario y dos criados con dos mulas con sus almofrejes.

— ¿Por dónde andará el coronel Astucia? dijo el gobernador. — Puede que no dilate en presentarse á S. E., le contestó Lorenzo, esperaremos que la tropa se acabe de alejar y me iré á buscarlo pues es regular que esté con sus caballerías, porque quiero tener el gusto de conducirlo yo mismo á su presencia. Así que estuvieron muy lejos los soldados les dijo: — Encúmbrense allí tantito á la sombra de aquellos ciruelos cimarrones, ahí me esperan, no me dilato, y metió espuelas á su mula, llegó donde estaban los de caballería, se montó á caballo, reemplazó su paño de sol con una manga que se embrocó y á la cabeza de todos regresó hasta quedar como á sesenta varas de distancia de los que estaban sombreándose en los ciruelos, mandó dar frente, se adelantó algún tanto y gritó con voz clara y bastante fuerte: — Señor gobernador, ¿quiere S. E. recibir el primer homenaje de una parte de la Seguridad Pública del valle? — Con mucho gusto, contestó todo engentado, abriendo tamaños ojos; buscando entre tantos hombres á su amigo Lorenzo, montado en su mula con su paño de sol cubriéndole la espalda. Volteó Lorenzo su caballo, mandó presentar las armas, se puso en su sitio, y el Chango empezó á tocar marcha de honor, ínter el gobernador quitándose el sombrero seguía lleno de inquietud buscando á su amigo, algo más tranquilo su espíritu al ver aquella demostración de respeto. Pasado un gran intervalo calló el clarín, mandó el jefe retirar las armas, envainar y gritó con toda la fuerza de sus pulmones: — ¡Viva el nuevo señor gobernador del Estado! agitando su sombrero con la mano zurda. — ¡Viva! repitieron más de mil voces de los allí formados y todos los que los circundaban, resonando sus ecos de cerro en cerro por aquellos montes haciendo también demostraciones de júbilo y el Chango tocaba diana, entonces también el gobernador correspondió gritando: — ¡Viva la Seguridad Pública del valle! — ¡Viva! le contestaron con el mismo entusiasmo. — A derecha é izquierda, dijo Lorenzo, toca fagina, Chango, y en un instante se disolvió la formación corriendo en grupos á saludar al gobernador y ofre-

cerse particularmente á sus órdenes. — ¡ Señor licenciado! exclamó uno de tantos, qué milagro es este. — Amigo y señor D. Felipe, contestó dándole la mano y luego abrazándolo desde á caballo. Pero antes que todo, caballero, ¿dígame quién es el coronel Astucia? — Aquí lo tiene S. E. á sus órdenes, contestó arriándose y quitándose la manga dejando ver su chamarra de venado, prosiguió: — El mismo que tiene el honor de presentarle su amigo Lorenzo Cabello. Lo abrazó lleno de gusto diciendo: — Está bien adecuado el nombre, amigo mío, es vd. la Astucia en persona; ¿ vamos á ver cómo se conduce el coronel Astucia con el gobernador del Estado? — No pulse S. E. esa cuerda porque se puede reventar y por aquí suena muy mal. — Si el gobernador del Estado ha proscripto al coronel ofreciendo seis mil pesos por su cabeza, ¿ cuánto podría exigir éste por rescate de la del gobernador que tiene en su poder? Pues vamos á ver, ¿ cómo se maneja el jefe de la Seguridad Pública con la primera autoridad? — Esa suena menos mal, á pesar de que el jefe ha sido atropellado por la primera autoridad, que debía haber sido la primera en no trastornar el orden y no podrá alegar ignorancia. — Efectivamente, le confieso mi pecado. — Pues en el supuesto de que conoce su error, creo que no se ofenderá si le impongo alguna pena. — Puede vd. hacerlo con toda franqueza. — En primer lugar mótense S. E. en esa mula, es mansa, conoce el terreno, y no tenga cuidado; ahora siga á este hombre que lo conducirá al sitio en que compurgará su falta; Simón, llévate á S. E. para el cerro de la Culebra. — ¡ Pero, coronel! — ¡ Amigo Astucia! ¿ qué piensa vd. hacer? dijeron varios intercediendo. — A nadie doy cuenta de mis acciones, caballeros, ya lo saben, he sido el único ofendido, yo sé lo que hago, Dios me entiende y yo me entiendo, en marcha, Exmo. señor.

El secretario iba á seguirlo pero lo contuvo diciéndole: — Vd. irá por otro lado, tenemos una cuentecita que arreglar, espérese aquí tantito. Se despidió el gobernador y partió muy cabizbajo, no quedando menos todos de la descolada que llevaron. Así que se alejaron le dijo: — Lo hice montar en mi mula para que suba sin riesgo, quiero tenerlo allí bajo mi única custodia mientras prevengo los ánimos, pues temo que esta gente llevada del amor que me tiene ó por congraciarse conmigo, vaya á

cometer un atentado contra su persona, necesito darles á entender que vd. no fué el que me proscibió, sino que es el nuevo gobernador como grité, lo mando para una de mis guaridas muy segura en donde no le faltará nada y puede descansar con toda confianza. — ¿ Pero esa gente está todavía con carácter hostil? — Le quitaré á S. E. ese cuidado, voy á tocar retirada. Tomó la punta de su paño de sol y remolineándolo al aire en un instante todos desaparecieron. — Conque perdone S. E., ya sabe por lo que lo mando al cerro, no tema nada porque su amigo Lorenzo lo escuda; voy con el secretario á preparar lo consiguiente á la visita que S. E. viene á practicar y de él dependerá el tiempo de su reclusión; adiós. — Adiós, amigo Lorenzo, respondió el gobernador muy resignado, convencido de las razones que le expuso y muy confiado en la palabra de su amigo. — Hombre coronel, dijo uno de sus *todos*, estamos muy resentidos de su modo de proceder, nos ha hecho un verdadero desaire y... Haciéndoles del ojo respondió para que el secretario lo oyera: — Si vds. toman á desaire el no hacer caso á sus súplicas y desaprueban mis hechos, me importa un pito, en asuntos del servicio nadie me contradiga porque se exponen como ahora á que no les haga caso, estos señores que fungen de autoridades superiores, debían primero respetar para ser respetados á su vez, aquí soy en mi tanto también el superior, y ni de Dios padre si viene en figura de autoridad terrestre me dejo atropellar, tiempo hace que mandé tocar fagina, acompañenme hasta el pueblo y me hacen favor de retirarse á sus quehaceres. — ¡ Caramba! le decía el secretario á uno con quien quiso entablar conversación, este coronel se sabe amarrar los calzones, y Dios me saque con bien de sus manos. — Mire, señor secretario, vamos andando por ahí, y vea cuál es el palo que le nazca de inclinación para sombrearse. Desató su reata y la puso en la cabeza de la silla, mandándole ir adelante con el Chango. Todo demudado no se atrevía ni á alzar la cara, temblando de miedo al percibir algún tronco, sin responder á las preguntas, de su compañero que al llegar á algún roble le decía: — Creo que éste está bueno, amito, mírelo qué frondoso, seguro está que lo queme el sol, y más le aterraba si terminaba con una sonrisa sardónica, haciéndole pasar unos ins-

tantes amarguísimos, mientras tanto el coronel y todos sus amigos se reían á carcajadas de su aficción y les iba previniendo lo que tenía dispuesto.

Llegaron á Tuxpam y al estar en la plaza dijo el Chango : — Pues si no le cuadra alguno de estos fresnos ahora sí que no hay de donde escoger, confórmese y no sea melindroso porque al fin y al cabo todos para el efecto son iguales. — Véngase para acá, amiguito, dijo el coronel apeándose, aquí en el juzgado despacharemos; llámame al señor cura, Chango, mándense apear, caballeros, que pronto dejaremos concluido este negocio. Esa prevención del cura acabó de entompear al secretario que creyó llegado su fin, entró al juzgado donde todos con semblantes alegres sin poder disimular su risa, aumentaban su turbación, á la vez que le hicieron concebir alguna esperanza. — Señor cura, dijo Astucia con seriedad, le presento á vd. al secretario del nuevo señor Gobernador que viene á honrarnos con su presencia y á practicar una visita al valle. Lo mismo le digo á vd., señor alcalde, y á vds., señor receptor de alcabalas y preceptor, todos faciliten los datos y pormenores que pida para que abra su expediente respectivo.

Le empezaron á hacer cumplimientos, y el hombre respirando con libertad pudo contestarles más tranquilo. — Cómo se conoce, señor secretario, dijo Astucia en tono de broma, que no es vd. muy afecto á los árboles; ¿vds. creerán que no ha encontrado un palo que le guste por todo el camino para sombrarse? — Con razón, respondió, y me ha pegado vd. un susto que la verdad no me sale del cuerpo; me dijo lo del palo, dispuso su reata y ese hombre que venía conmigo, me atizaba bonito. — Chango, gritó Astucia, ¿qué le viniste diciendo al señor que le has metido tanto miedo? — Yo nada, mi coronel, que los palos estaban buenos, que á su sombra no le quemaría el sol porque están frondosos; pero él no quiso ni mirarlos, y no más sudaba del calor. — ¿Pues entonces, caballero, de qué se ha asustado? — ¿Cómo de qué? según las apariencias creí que vd. trataba de colgarme, y como esta mañana aventuré en su presencia algunos conceptos desfavorables, no me cupo duda de que era llegada mi última hora, esa es la verdad y lo confieso francamente, pero en este ins-

tante conozco mi error y le pido mil perdones. — ¿Conque las apariencias lo engañaron hasta ese extremo? — Sí, señor. — Pues le perdono y no lo extraño, pues por falsas apariencias lo mismo que se acaba de equivocar, se equivocó al ayudar al gobernador destituido para calificarme de rebelde, proscribirme, y ponerle precio á mi cabeza, lo mismo que sosteniendo torpemente su error, opinó tan mal esta mañana del pobre Astucia, considerándolo ni más ni menos que bandido, no se vuelva á fiar de apariencias, amiguito, si no está convencido de las cosas, no aventure opiniones que ataquen á alguno ó comprometan su persona, no ha topado con el hombre que suponía y á eso debe agradecer el salir con bien de sus torpezas. Aquí el señor alcalde conducirá á vd. á su alojamiento, le facilitará escribientes y cuanto pida, revise los expedientes, actas y demás cosas relativas al juzgado y ayuntamiento. En este libro están mis cuentas particulares, y en este otro mis comprobantes de gastos, el cargo de reales mío es la data de las recaudaciones; haga la confrontación, porque quiero que al cerrar su auto de visita, dé vd. cuenta á S. E. con mis cuentas revisadas para su aprobación, les haga los reparos y observaciones que encuentre para contestar y responder en el acto á los cargos que me resulten, dé su vueltecita por el archivo de la parroquia, la escuela, la cárcel, en fin, yo creo que excusado es advertirle su obligación; pues como secretario muy bien sabrá con qué objeto ha venido, disponga todo lo más pronto posible, porque de su dilación depende que S. E. esté más ó menos tiempo echando suspiros en la Culebra, extrañando su amable compañía, no se lleve de apariencias, hágame favor de verlo todo para que sólo asiente realidades. Vámonos á nuestros quehaceres, caballeros, y no le hagamos mala obra á este señor que tiene que trabajar; adiós, señor secretario. — Adiós, señor coronel, y le vuelvo á repetir mil perdones.

Delante de todos le dijo al Chango : — Llévate todo lo que necesites para atenderme al señor gobernador con esmero, para que vea que los que hemos sido Hermanos de la Hoja, sabemos tratarnos como la gente decente hasta en la punta de un cerro. Se acabó de despedir de los de allí, á poco rato se separó de los que lo acompañaban y cortando por

la vega, subió por la cañada de Capirio hasta salir al rincón de Cooperillo.

Amparo que estaba al tanto de sus planes y ayudó á desarrollarlos, estaba inquietísima de saber su resultado, le contó todos los pormenores y luego le preguntó con interés: — ¿Dime, querida, qué no será el nuevo gobernador pariente tuyo? porque se llama Mariano G. y es licenciado. — Ni lo pienses, hijo, le contestó, hay en Morelia cuatro ó cinco Marianos GG. y todos son abogados sin que con alguno tenga mi familia ningún parentesco, tanto que papá para evitar mil equivocaciones en sus negocios, cartas del correo y otras cosas, tomó el partido de firmarse Mariano G. y D. y más bien es conocido por su segundo apellido de D. con lo que lo distinguen los demás GG. — Pues no dejó de darme algún cuidado y he tenido mil dudas. — Puedes desecharlas porque también hay que tener en cuenta, que papá es enemigo acérrimo de figurar en política, y á mi mamá que la ama con frenesí se lo ha ofrecido solemnemente, además para acabarte de tranquilizar, ¿qué señas tiene este licenciado? — Es un hombre como de cincuenta años poco más ó menos. — Sí, esa será la edad de papá, prosigue. — Usa patillas cortas. — ¿Y entrecanas? — No, todo lo contrario enchiladas del mismo color que su peluca, su dentadura postiza, anteojos ochavados con barillas de oro... — No prosigas tú, porque ninguna de esas señas son las de papá; tenía barba cerrada, buen pelo, aunque se le notaba un diente despuntado todos los demás estaban buenos y no le gustaba usar anteojos más que para leer, en fin, tus dudas carecen de fundamento y por ese lado estamos seguros, pues papá es hombre de mucho carácter al extremo de declinar en caprichudo, y lleva adelante sus propósitos tope en lo que topare, por eso mismo no me encontré capaz de comunicarle nuestros amores, pues si como me lo suponía no era su opinión favorable á nuestros intentos, jamás accedería y todas mis tentativas serían inútiles; le ofreció á mi mamá no meterse en política, y estoy segura que lo cumplirá. — Sin embargo, los hombres podemos cambiar de opinión, y en ocasiones las circunstancias tal vez nos comprometen á proceder contra nuestro modo de pensar. — No lo dudo, pero te aseguro que papá es una excepción, sólo para que te

formes un juicio de lo sostenido que es en sus resoluciones te contaré un caso que ni el tiempo, ni el interés, ni siquiera por aliviar su constante trabajo, se ha conseguido que transija. Cuando se casó con mi mamá era un pobre muchacho acabado de recibirse, sin más bienes de fortuna que unos cuantos libros de derecho y uno que otro negocio que empezaban á encomendarle; mi abuelo que era dueño de tres haciendas regulares y hacía el papel de rico por aquellos rumbos, aunque no fué muy de su gusto el matrimonio, no se opuso, sino al revés, quiso que su yerno se encargara de todas sus cosas, esto agravio á algunos parientes, y no faltó quien dijera que sólo se había casado por el interés de los bienes de su mujer, lo supo, y por un espíritu de delicadeza cargó con su esposa, y aunque su padre trató con mil modos de hacerlo desistir, nada consiguió, pues hasta la más insignificante alhajita, ropa y cuanto mi mamá tenía, se empeñó en que todo lo dejara en su casa, y se fueron á establecer á Morelia quedando mi abuelo muy resentido, y cortaron relaciones. Así pasaron algunos años, se enfermó mi abuelo, escribió á papá, y como no es rencoroso fueron por él y se lo llevaron á casa, donde después de una larga enfermedad falleció dejándolo de albacea, y á mamá de única heredera, transigió respecto de la enemistad, hizo cuanto pudo porque el abuelo se medicara y asistiera, gastando mucho en su curación y entierro, pero todo de su propio peculio, y nunca ha querido tomar un medio real de los bienes de mi madre; él pone dependientes, recibe cuentas y procura que no se acaben, pero de ahí no ha pasado su intervención. Por lo expuesto conocerás si es caprichucho y de un carácter intransigible cuando toma una resolución. — De lo cual me alegro, y tú como su hija también has sacado tu punta de sostenida en tus resoluciones, y á eso debo el que determinada hayas sido mi amparo y estos páramos te hayan sido soportables. Al otro día dió su vuelta á Tuxpam, ayudó á acabar de arreglar los trabajos del secretario, mandó á los escribientes que se adelantaran á Zitácuaro á ir haciendo lo que el secretario les ordenó para no demorar mucho sus quehaceres, dió sus disposiciones para el recibimiento del otro día y se retiró á su casa.

El gobernador llegó cansadísimo al cerro de la Culebra, tirán-

dose á descansar en la cama que halló dispuesta donde se durmió un buen rato, de modo que no sintió cuando llegó el Chango muy cargado de botellas y recaudo, luego luego tiró la cotona y se puso á cocinear disponiendo la comida. A cosa de las tres de la tarde entró Simón de puntitas y al verlo estar encendiendo un puro le preguntó: — ¿Ya gusta sucia Ilustrísima de echar un taco? — Qué sucias ni qué cuentos, háblame sin reverencias, y trae lo que haya que taquear. Se arrimó á la mesa y en un instante la cubrió de trastes, botellas, pan y apetitosos manjares acabaditos de sazonar, sorprendido los tomó con buena apetencia, le parecieron bajados del cielo, pues al llegar y ver tan pobre apariencia de alojamientos, hubiera quedado conforme con un par de huevos crudos, pan y queso, ó tortillas con sal; le sirvieron seis platillos de asados y guisos improvisados sin faltarles requisito ni adornos adyacentes, terminando con excelentes frutas, dulces cubiertos y un magnífico café. — Como se conoce, le dijo á Simón saboreando un trago y fumando un puro, que tu amo no es lo que parece, he comido muy bien, toma esa peseta para el cocinero, y creyendo que él había guisado continuó: — Si con sólo una mano eres tan hábil, ¿qué sería si tuvieras las dos? — Yo no le intelijo mucho, reverendísimo señor, el Chango es el que ha guisado. — ¡Cómo! ¿pues qué tienen vds. aquí algún orangután? porque eso sería de ver. — No es extranjero, es criollo. — ¿Pues de dónde es? — De por Oajaca. — ¿Será muy feo? — Sí, señor, no deja. — ¿Pero cómo se hizo tu amo de él? — Porque es el otro cachorro. — ¿Será injerto de mono y perro? — Quién sabe, eso sólo Dios y su señora madre lo pueden saber. — Ya te he dicho, Simón, que no consiento que me mientes á mi madre, entró diciendo el Chango con un cuchillo en la mano con que estaba muyafanoso picando una cebolla, casi desnudo, los ojos enchilados y sudando del calor de la lumbre. El gobernador se quedó estático, le pareció un demonio salido del infierno, y á no oírlo hablar cree que era un orangután verdadero como antes se había figurado. — No haga caso vucencia de este Simón, dijo el Chango, porque es un animal que no sabe más que entenderse con los caballos. — Es verdad, hermano, le contestó, cada uno con su cada uno, tú á tu cocina y tu

trompeta, y yo con mis bestias; si acaso te he mentado á tu madre, no lo hice á mal hacer, sino porque aquí el señor gobernador ha parado las orejas porque le dije que eras el otro cachorro. — ¿Cómo es eso de cachorros, explíquemelo? — Señor, dijo el Chango, hemos jurado dende queaque servir á nuestro coronel como si fuéramos sus perros, como si dijéramos, siempre fieles, sin ninguna paga y cuidarle el sueño. — ¿Según eso vds. lo quieren mucho? — Sí, señor, es nuestro padre, y por él el alma y la vida, porque somos *todos para uno, y uno para todos*, como lo jurábamos cuando estábamos comerciando en la rama; todos los demás amos y compañeros pagaron la pirata, y solo el amo carga con el trabajo de mantener á tanta boca. — ¿Qué es mucha su familia? — Cerca de un ciento, muy poco le falta, nosotros le ayudamos y es cuanto. — ¿Pero de dónde le vino ese familión? — De que son todas las descendencias de los difuntos Hermanos de la Hoja, que pasamos á llorarles cuando nos huimos de la cárcel en el pueblo de San Miguelito, donde estaban señalándose los quince joyos; y ya ve vucencia *Todos para uno, uno para todos*, eso es muy claro, pero volviendo á otra cosa, agora que estamos en buena conversación dígaños ¿qué mal le ha causado el amo? ¿por qué se le antojó á vucencia poner mi retrato con letras de molde, y tiene tanto empeño en que nos degtiellen como borregos, ofreciendo tanto dinero porque nos asesinen? — Sí, señor, agregó Simón, esas son malas partidas, mi amo á nadie le ha cogido un tlaco partido por la mitad, ¿para qué son esas traiciones? mire el papel que no nos deja mentir. Al ver el gobernador el decreto de su antecesor conoció su justa queja y logró convencerlos de que él no había sido el autor, sino el otro gobernador que estaba antes, y ya tranquilo se divertía con sus conversaciones que lo fueron metiendo en un laberinto, pues ignoraba todos los antecedentes, y tomó formal empeño en saber por boca del coronel todo lo concerniente á desatar tanto enredo, pues el decreto tan contradictorio y ajeno de verdad, le causó mucha extrañeza.

El coronel se despidió de Amparo para no separarse un instante del gobernador, y al tercer día de su destierro se le fué presentando en el cerro de la Culebra, á las nueve de la ma-